

## EL LIBRO Y LA IMAGEN

Escribe: LUIS VIDALES

Me permito confesar un rasgo de mi personalidad, si es que ella me asiste. Ante una dificultad de esas que todos sufrimos cuando no sabemos qué decisión tomar o qué oferta de la suerte elegir, suelo concederle al libro, a uno cualquiera, la facultad de orientarme. Lo abro al azar, no importa la página, y allí donde caiga la vista leo atenta, alheladamente, el secreto de mi destino. ¿Es posible decir que rara vez salgo defraudado? ¡Cuántas veces la Biblia, no quiero que os riais, me ha dicho así, con claridad igual a mi asombro, lo que debo hacer, no hacer o decir! Un día —y esto va en serio— la Divina Comedia tuvo a bien anunciarme nada menos que la muerte trágica de Mussolini. Estábamos cuatro años antes de que esta ocurriera. La página —¿por qué abriría el libro en ella?— me hizo la revelación en los divinos tercetos. Dante, pues, era un vate, es decir, un vaticinador. Yo publiqué la narración en “El Tiempo”, la cual se cumplió tal como lo había entrevisto el poeta con seis centenas de años en simple condición de aurora del hecho real.

Ahora me han pedido que escriba algo para la semana dedicada a levantar el entusiasmo por la creación de bibliotecas aquí, en Colombia. Una solicitud, formulada así, de improviso, era un poco insólita para alguien (ese alguien soy yo) dedicado a otras disciplinas; pero también (deberá reconocerse tanto como yo) era obligante en igual medida. La pequeña consternación debía ser diferida a mi viejo método. Tomé el primer libro que hallé a mano. Le abrí al tuntún. Nada. No encontré allí la menor indicación que pudiera guiarme. Hojeé otras páginas. Tampoco. Ya desesperaba del sistema, cuando topé con una frase. La frase era la siguiente: “Louis, écris cela, tu donneras le change a la nature de cette fièvre”, y el libro, aquel folletito casi poco mencionado “*Une drame au bord de la mer*”, de Honorato de Balzac. De modo, pues, que yo estaba obligado a escribir este artículo para la semana de la biblioteca en Colombia. No había duda. ¿Pero la orden perentoria que surgía del libro (Balzac me llamaba por mi nombre) por qué? ¿Me encontraba yo, acaso, en estado de fiebre por este motivo. Alguna vez me había dicho el viejo Stendhal, uno de mis amigos escritos, después de su amor por Madame Daru, hacia 1811, es decir un ciento de años largos antes de Freud, que cuando se está sobrecogido por una gran preocupación, por una impresión



muy fuerte y muy angustiosa, es el mejor remedio escribir por la noche cuanto se siente, con la certeza de que por medio de este método sencillo, la presión u opresión del alma ya ha cedido al despertar, con la dulce mañana, como por ensalmo. Y estas cualidades sanativas de la palabra escrita o, mejor, enfundada en los mismos caracteres del libro, son las que ahora invoco, y a las que me atengo, para echar a rodar estos secos sillares, pero tan ingenuamente parecidos a las eras del campo.

\* \* \*

Sí. Había en mí una aprehensión para hablar sobre los libros y sus muchedumbres benditas, a las que denominamos bibliotecas. La lectura de páginas sobre páginas y autores sobre autores, las que y los que me imbuían con toda suerte de singulares “acumes” la teoría de que nos hallamos en los finales de civilización de los libros y la impetuosa penetración de la civilización de la imagen, me llamaba a recogimiento sobre mi escondido amor por los libros. ¿De modo, me decía, que yo debo ser un vejete, incapaz de andar con los nuevos tiempos y, por lo tanto, con las nuevas canciones, cuando continúo muy campante estimando a los libros como oráculos, mientras crece, ante mis sordera y ceguera, la impetuosa civilización de los elementos audiovisuales? ¿Y, de añadidura, debo confesar en público este retraso, yo, que siempre creí ir adelante, hasta donde el magín lo permite, en la exaltación de lo nuevo, de cuanto entrañe cambio esencial o progresión efectiva del hombre? Ahora, después de todo, si de fullero me engolfo en la defensa del libro, voy a aparecer como un conservador en el mal sentido, no en el bueno, de esta palabra. ¡Dios me proteja! Pero entonces recordaba la impresionante —esa es la la palabra— capacidad de fecundación que ejercía el libro en mí, la maravillosa proliferación de la lectura en mi mente, casi milagrosa, o sin el casi, y el consueto tribunal interior (aún lo poseo en estos redomados tiempos del mal) me sindicaba de ingrato. A veces me sorprendía acariciando el libro leído a medias o entero, como si se tratara de una criatura y, en el simple modo de tomarlo en mis manos no podía esconder la intimidad, saturada, de limpia y mera ternura, que se había formado de mí hacia él y —creo que puedo contarlo— de él hacia mí. De esta suerte, de la lucha entre aparecer viejo, desueto, sobra biológica y cacho de pan de sociología, y la ya larga experiencia de cuanto el libro ha sido para mí, en lo más hondo, allí donde el ser vibra como un instrumento de resonancias inmensas, resolví confesar mi ancianidad en la fidelidad, junto al libro. Resolví ser sincero, en un mundo en que el acto y la idea andan a palos; para lo cual me valía alguna consideración que creí capaz de asistirme. La de que la llamada civilización audiovisual, de televisora y de cine, no me había concedido ni substraído de mí aquellos pensamientos y sentimientos del manoseo y frecuentación de los libros. ¿A vosotros sí? De todas maneras, si ando en error, pues que se tenga este escrito, además de examen y confesión, como un acto de contrición al modo cristiano. De esta guisa, la fórmula de Stendhal habrá cumplido su objeto.

\* \* \*

Habrá podido advertirse que este escrito es una conversación del autor, con el autor; efectuada ante el público, lo que quiere decir que el autor no



crée en el monólogo por cuanto siempre estamos hablando, en nuestro interior, con otras personas. ¡Y cuántas! Y cuando hablamos con nosotros mismos hay allí, de todas maneras, dos personas presentes, y no una. En las condiciones actuales, solicito permiso para entrar en diálogo con quienes afirman que la civilización en auge, de rondón en el mundo, es la civilización de la imagen, en sustitución de aquella del libro que, como todos sabemos, nació al descongelarse el medioevo de su condición de gran era visual por la imagen y oral por el verbo.

\* \* \*

A poco andar en la cavilación se me apareció en el magín esta pregunta: "¿Se opondrán tan rotundamente, hasta hacerse excluyentes, estas dos formas de la expresión?". No se por qué vinieron a agolparse en mi mente todas las constancias de que el pobre caletre tenía noticia, en que el argumento histórico y social parecía denegar esa ruptura. Lo primero que hizo irrupción, por ser quizá testimonio que aún alienta en el mundo, fue la famosa expresividad secular de las culturas de Oriente. Me refiero a la función de manos y dedos, en que los movimientos, por vía de la imagen, constituyen rico alfabeto de ideas y sentimientos. Así en India; así en China. Entre nosotros hemos recogido viva constancia de ello, en los conjuntos de danzas hindúes y, en años recientes, con las representaciones de la Opera China. En las danzas tradicionales de esos dos pueblos, el hermosísimo fenómeno inmemorial se hace patente. Sobre el intenso reposo del cuerpo (en muchas de ellas el ejecutante permanece sentado con las piernas trenzadas al modo de Buda), la sabia expresividad de los brazos, manos y dedos reproduce a cabalidad los diferentes estados del alma de la criatura viviente. En un lenguaje sutil, o mejor, una escritura del bordoneo interior, que no por sernos extraña es menos cursiva. El Buda mismo, estático como compete a una forma divina (y que entre nosotros reproducen, sin percatarse de ello, los funcionarios que se sienten muy altos en la jerarquía política) —transmite en el bordado de sus dedos trenzados, lo único que se mueve en aquella solemnidad soberana, y sin que nosotros, ¡ay! sepamos leerlas, las normas de su sabiduría bondadosa— mientras en Grecia, por cuán diverso camino, moldeaba su obra reformadora Pericles.

En las Sibas, este idioma de la imagen es aún más directo. Esas esculturas de múltiples brazos, que en nada querían parecerse a un ser simplemente anatómico, eran verdaderos monumentos de información ciudadana, como lo son hoy el diccionario o el diario. De acuerdo con la disposición de los brazos, la posición de las manos y los signos de la colocación de los dedos, levantaban la cátedra popular más sorprendente que se conoce en la historia. Difundían así todas las ramas de la ciencia conocida hasta entonces. Hablaban de las fechas de las diferentes siembras, lluvias, cosechas e instruían acerca del flujo divino de las esferas celestes sobre el cielo tropical de la India. Y he aquí que el pueblo sabía leer de corrido en este libro estupendo. Entonces, decidme: ¿Se puede separar la imagen de la escritura?

\* \* \*



Llegado a este punto, me pareció que me estaba dejando arrebatar por el demonio del juicio, esa disponibilidad colombiana que consiste en querer, a todo trance, que la realidad se someta a nuestro modo de pensar, en lugar de obrar, humildemente, y creo que con mejor resultado, a la inversa. Es indudable, me aconsejé para corregir en mí ese signo evidente de la majadería nacional, que puede hablarse de la existencia alterna de civilizaciones de la imagen y de civilizaciones de la escritura. Todas aquellas sociedades antiguas cuya culminante expresividad tenía alojo en la plástica, son patético ejemplo de que la imagen imperó, mediante ciertas circunstancias, en tanto que indicador sociológico. Pero, ¿era aquella por ventura la imagen de hoy? ¿Era acaso la imagen tal como la concebimos en pintura o escultura (para dejar por el momento tranquilas las otras formas de trasmisión, el cine, la televisión, etc)? ¿O era, por el contrario, una imagen sometida a norma —mágica o religiosa— y a regla artística, esto es, una imagen de percepción constante o, lo que es lo mismo, socialmente “legible”? ¿No se parecía más, pero muchísimo más, a una escritura, de lo que se parecen a ésta la estatua y el cuadro de hoy? Aquí está el “busilis”, aunque estos (y aquí nos emparentamos con Groce) también son **expresión**.

Porque a veces nos parece que el arte moderno es un retorno a la estela de los más primitivos; pero, en efecto, se trata de uno de nuestros vicios visuales, por cuanto en arte no hay regreso posible. Ante el engaño conceptual y del ojo puede existir parecido, no así en la esencia, ya que el antiguo es de contenido manifiesto evidente. En nuestros juicios olvidamos que la decoración primitiva, sin excepción de geografía o de núcleo, basada en el signo geométrico, es una típica escritura, cuya cualidad de comunicación era real. El dibujo geométrico de las manchas de la serpiente en el tambor australiano es, aún hoy en día, un grafismo de ese carácter, inteligible por todo el núcleo social. Del mismo abolengo es el tatuaje de nuestros indios, como lo son los aretes, narigueras, collares y anillos. La pirámide, como forma central de la plástica egipcia ¿puede acaso considerarse como un capricho de artistas? O el polígono simétrico de los árabes ¿como una monotonía de decoradores poco lucidos? O, por el contrario ¿son formas de comunicación del pensamiento en su grado de emoción o elación religiosa? Marangón ha demostrado hasta la saciedad que son anterioridad a la aparición tutelar de la civilización de escritura, en el sentido de literatura, el artista expresaba los estados de alma según la parábola geométrica sobre la cual montaba la representación, sin más ayuda, ya fuese pintada o esculpida, y que aún dentro de la civilización de la letra, esta escritura plástica ha continuado expresándose. Perú en la civilización inca, carecía de escritura formal como la que hoy poseemos. Pero poseía el “quipu”, con similares servicios de sustitución de la voz y la imagen. En la actualidad existen grupos en Africa que no cuentan con otra clase de escritura que esa. De este modo, unos haces de palos “parlantes” son un manuscrito, una carta o un libro. La vestimenta misma, si bien la miramos, es una escritura. No hay nadie que vea pasar por la calle a un hombre con gorra y de uniforme verde oliva que no lea en el acto “militar”; nadie que vea a un chico con chaquetín azul de botones dorados y pantalón azul galoneado de rojo que no lea al punto “mensajero”. Hasta la misma fisonomía del sér es una escritura completa; en esa



página de la vida solemos leer “zapatero”, “peluquero”, “alarife”, tal como se lee en una cartilla corriente. Un día vi en Lota, al sur de este mismo suelo en que estamos, salir a los hombres del fondo de la mina y del mar. Desde entonces, donde quiera que vea una cara de palidez espectral, como si un inmenso vampiro hubiese extraído de allí hasta el último asomo de sangre, leeré con la misma claridad y el asombro que ante el buen libro sentimos, la palabra “minero del carbón”, porque esos rostros son historias completas. En una sociedad como la nuestra, en que las palabras están disociadas de los pensamientos, se puede observar el cuidado que ponen dos personas, cuando hablan, en leer en la expresión de los rostros, más que en los mismos conceptos, las reacciones del sér. En la vida social, la atención que se le presta a la faz del interlocutor ocupa un espacio mayor del que solemos atribuirle, por el peso de la costumbre, pero se trata de una lectura, tal como la que le dedicamos al libro. ¿No es cierto que el enamorado, el negociante el solicitante, son atentísimos lectores a los que no escapan un gesto, un guiño, uno de esos caracteres clarísimos de éste que todos, en la práctica diaria, consideramos como el más real, evidente y sincero de todos los idiomas “escritos” del mundo?

\* \* \*

Cuando llegué a esta parte del orden de ideas comencé a desbrozarlas. La autocrítica siempre me ha parecido la más alta forma de crítica. ¿No estaba yo aludiendo a asociaciones que nadie discute? De todas maneras, me era evidente que si trasladáramos esas asociaciones al mundo de hoy, no nos parecerían tan excluyentes los universos de la imagen y el libro, hasta el punto de constituir dos civilizaciones mutuamente pugnaces. Desde luego, se me hizo suasorio que ellas se contraponen por muchos aspectos. Uno de ellos, y no el más pequeño, en cuanto a formas de actividad económica, en cuanto a tipo diferenciado de empresas, en cuanto a costos, medios de producción, distribución y mercados.

No obstante, si hacemos abstracción de estos factores y consideramos, así sea idealmente, una situación de armonía entre ellos, desaparece al punto el fantasma. Porque si cada cual marcha en su órbita: lo oral y la imagen, el libro y, lógicamente el periódico, las asociaciones se restablecen en su justa medida, con las taxaciones correspondientes al mundo de hoy, mas no a costa de la destrucción del libro, en su condición, históricamente lograda, de mediador cultural del mejor abolengo.

En otros tiempos ejercía incontrastable influjo lo oral, mas no tanto como para considerarlo expresión monopólica. El kasida, el juglar, acompañaban a la poesía oral con el instrumento de música. Homero posiblemente vagó por los pueblos heráclidas como ejemplo viviente de esta asociación de dos expresiones aparentemente aisladas. El arte de la mímica, que hoy resurge con cierto vigor, fue y es el trasplante de los signos del mismo alfabeto de lo oral y lo escrito al simbolismo del gesto. En muchos pueblos, la pintura ideográfica podía ser poco legible para la parte masiva de la comunidad y solo se animaba con la unión de tres artes: el canto, la danza y la imagen pintada. Todos los indicios revelan que tal era el caso de las “tabletas parlantes” de la Isla de Pascua, en



las que, entre otras figuras, descuella el manutara en su majestad geométrica de ave sagrada, en torno a la cual giró casi por entero aquella civilización de "letrados", aún no bien descubierta.

Hoy, lo visual y lo oral (cine, televisión, radio), invaden ciertos campos que antes ocupaban sin contrapeso el diario y el libro. En la información de los sucesos actuales la radio se interpone, de hecho, entre el lector y el periódico. El film científico tiene pretensiones de ser sustituto del libro. La televisión aspira a difundir cultura en imágenes y sonidos. Las grabaciones radiofónicas quieren enseñar idiomas, ciencias y artes, y establecer por su intermedio las más variadas carreras y profesiones, sin que los textos didácticos intervengan allí como el medio esencial.

Pese a ello, no parece justificarse el motivo de alarma. Estas formas audiovisuales pueden crecer más todavía, crecerán mucho más, hasta llegar incluso a un plano de pretendido dominio. Pero para poder evaluar convenientemente el fenómeno es preciso, antes de emitir nuestro último juicio, auscultar a la historia, madre del hombre. Si uno observa con la desprevención que suele lucir en los libros de historia la trasmutación a que asiste el nacimiento de la escritura, desde la faz pictográfica o ideográfica, pasando por la jeroglífica, hasta llegar a los rasgos convencionales de un alfabeto, es claro que no hallará el hondo significado, de causas a efectos, que se esconde en este proceso. Es ese un error de la metodología didáctica o de la exposición de la historiografía, aun la más nueva. Pero ello encarna una lección y, como tal, debe aprenderse. Egipto es uno de los pueblos a los que podemos seguirles el hilo histórico desde la salida de la edad neolítica hasta el grado de desarrollo complejo: económico, social y político. Si uno se apercibe de su enseñanza, tiene derecho a pensar, debe pensar, que el mundo de la imagen y lo auditivo de hoy no debe tomarse en el sentido de un hecho final. Los influjos de la imagen en la literatura moderna, en efecto, dan buena cuenta de ello. La Sagan escribe muy "fílmicamente". En el estilo de Cocteau y de Pierre McOrland el cine mete su basa. La autora de "Lo que el viento se llevó", inició su libro describiendo árboles, ríos, caminos, puestas de sol, muy al estilo del "ecran", pero en el curso de su trabajo fue arrebatada por el secreto, recién aprendido, de los encantos de la narración, y creó una de las buenas novelas de la guerra civil de los Estados Unidos. "Gran Hotel" es, al revés del libreto, una novela-film, concebida como tal por Vicky Baum, y solo posteriormente se trasladó a la pantalla. En cuanto a "Calle Mayor" y "Manhattan Transfer", John Dos Pasos hace uso de los elementos fílmicos para construir estos dos monumentos de literatura de gran formato. La llamada "novela-río" tiene sus más próximos antecedentes en la cinematografía. A esta no escapa Jules Romain, el creador del "unanimismo", el prodigioso autor de "Los Hombres de Buena Voluntad". En Colombia tenemos actualmente a la vista un ejemplo: la Televisora Nacional viene proyectando en imágenes, tomadas de documentales de cine, las "Memorias de Churchill", publicadas en seis gruesos volúmenes. El préstamo, en el montaje visual, no suprime el interés por la lectura del libro, ni, por tanto, la calidad diferente que proviene de las dos abarcaduras de tiempo exigido para ver y leer, oír y leer. Aún en el mundo soviético el cine penetra a la literatura, tal como puede verse en



algunas novelas de Fedin y otros autores. ¿Quiere ello decir que la asociación de tan vieja data en el mundo continúa impertérrita? No podría negarse. Han variado los instrumentos o medios. Pero el universo del sonido y la imagen, poderosamente acrecido en la época actual, puede seguir dando en el tiempo que está por venir torrenciales aportes a la cultura del libro y enriquecer éste en imponderable medida.

Es claro que no me refiero al llamado "Objetivismo" de un Robbe-Grillet, un Butor, una Margarite Duras, un Ollier, un Resnais. El representa la transcripción simiesca del cine a la novelística, como clara manera, pero muy turbia, de hurtarle el cuerpo a la grave y comprometedora problemática del hombre de nuestro tiempo, en un sentido cobarde-mente contrapuesto al de, por ejemplo, "La Comedia Humana" de un Honorato de Balzac.

\* \* \*

Mientras escribía, la autocrítica de que antes hablé venía interfiriendo el hilo de mis razonamientos. Es ella una especie de geniecillo zumbón, entrometido y mordaz. No me trata muy bien que digamos, y hubo un momento en que le oí murmurarme: "¡Cuidado! De la exposición de tus ideas va a colegirse que tú colocas en idéntico plano, codo con codo, el libro y la imagen. Por meterte en aquello que ignoras, quedarás como la señorita que escribía virginidad con b larga". Me obligó, por lo mismo, a decir que no hay comparación posible de estas dos expresiones. Si la hubiera, el libro, obviamente, podría ser reemplazado; de modo que quienes así lo están afirmando se apoyan, tácitamente, en una implícita duda sobre el progreso del hombre.

Del mismo modo que no hay oposición de los mundos visual y auditivo y del libro capaz de convencernos de la muerte de éste, tampoco hay comparación posible de lo audiovisual y lo escrito. La lectura es un ejercicio de la reflexión, una función del pensar, una forma de la meditación, y por lo mismo aquello que fue leído, y asimilado, forma parte del ser, es imperecedero. Lo audiovisual es fugaz. Mientras que en el libro asistimos al alumbramiento de nuestra vida interior; en la película asistimos a la vida de otros. El libro entra a formar parte integrante de nuestra volición; la película, de nuestra percepción. En la lectura somos actores; en la película, contempladores. Las películas basadas en grandes obras de la literatura son inferiores a éstas, por ese y no por otro motivo. La persona no aprende y retiene sino aquello que es objeto de su labor, de su esfuerzo, de un modo directo de intervención integral suya, tal como se da en la lectura, mientras que ante la imagen su función es meramente contemplativa, pasiva. Si le decimos a alguien que nos narre de pe a pa el argumento de la película que vio hace dos años, no dará pie con bola. Pero, en cambio, sabemos que leyó a "Hernani" o a "Crimen y Castigo" por la patética rememoración de lo substancial de esas obras. Con lo oral ocurre lo propio. Los discursos de los políticos están tocados de la misma cualidad de olvido del aire. Tienen que ser muy grandes, de tipo epocal, para que logren la perdurabilidad contra la contingencia mortal de ese "poco



de viento" que son las voces del hombre. Solo en el diálogo de tipo platónico el ejercicio mutuo de la inteligencia puede aproximarse a la eficacia permanente del libro.

En el cine la imagen permanece frente del espectador, todo el tiempo, mientras que la del libro se reproduce en la mente. La imagen del cine y la televisión no trasciende de ella misma. Nos constriñe a un asiento, nos echa el lazo y no nos deja mover, hasta tanto no cumpla su objeto; luego desaparece y entra a su nueva función de esfumarse en nosotros. Solo hay un tipo de películas que vive menos precariamente en la asimilación del espectador. Las hijas de una sociología o una filosofía, tales como las de Charlot, "La Dolce Vita", "La Noche", etc., es decir, aquellas que se emparentan con la civilización de la letra. Pero la imagen del libro no solo se graba en la mente. Tiene también la virtud excepcional de abrir horizontes infinitamente más amplios que los manifiestos en ella. ¿No os ha ocurrido a vosotros que la lectura os despierte inusitados caminos a la imaginación, a la creación, completamente extraños a ella, dejándoos asombrados del milagro efectuado? En ocasiones una sola palabra, colocada en forma especial, nos abre visiones no contempladas allí y ya no sabemos qué secretos resortes, qué claves de la simbología del idioma hemos tocado, para percibir una inspiración tan original, ni remotamente parecida a sus páginas. Solo quienes no leen ignoran este secreto sendero de la fecundación creadora.

Es claro (y esto es ya mi sosías interior quien lo dice) que no se debiera escribir si no se tienen cosas que decir, descubrimientos por comunicar a otros. La atracción ejercida por la literatura francesa reside, en muchísima parte, en la fina cualidad de asombro implícita en ella. Sin ciertas dosis de sorpresa, suspenso o como quiera llamársela, ni hay buen estilo, ni autor cabal, ni lector de cuya paciencia se tenga el debido respeto. No son pocos los autores que dejamos de leer, nacionales o no, sin que ellos lo sospechen siquiera, por la grisásea pasta de sus compuestos. Nos impiden introducirnos en su mundo o, en otras palabras, no tienen en cuenta, en lo más mínimo, nuestra excelente condición de lectores. Hay libros cerrados, cuyas tapas poseen, confesémoslo, la misma pesadez del sarcófago. Y es que el estilo tiene idénticas condiciones a una criatura biológica: respiración, poros, colorido sanguíneo, corazón y cerebro. Sin estas condiciones, sin hígado y sin riñones, el libro es un muerto. Y ocurre entonces que la imagen que sí las posea, tiene que parecernos, por contraposición, como el reflejo de una civilización superior, o inferior, si se quiere, pero ineluctable. Prevenamos las confusiones. Lintanf, en su estudio "Para una problemática de la imagen", cita al Abate de la Porte, miembro de la Academia, quien decía en 1788, en vísperas de la Revolución Francesa: "Nuestro mundo está perdido para las artes y las letras; va demasiado aprisa. A los hombres de nuestro tiempo les arrebató un torbellino al que no pueden escapar. No vacilo en afirmar que la decadencia de las artes y letras se debe a la proliferación de las carrozas que aran las calles de París a grandes velocidades y conducen a nuestros contemporáneos hacia el exterior de ellos mismos". Si el Abate de la Porte viviera hoy vería dos cosas: el fracaso de su predicción y la velocidad supersónica. Y seguramente se abstendría, esta vez, con plausible cautela,



de repetir sus pronósticos. El peligro, como lo dice Lintanf, "es de no ver sino lo que se tiene costumbre, de no oír sino el eco de los propios pensamientos".

\* \* \*

Antes de que el geniecillo autocrítico pudiera impedírmelo, comencé a gritar por escrito en mis apretados renglones de papel de bagazo de caña, a manera de síntesis del chorrillo de ideas que sobre él había ido cayendo. Ni la televisión, ni la radio, ni el cine, pueden dar solución a los problemas que el hombre de hoy se plantea; no es posible, por tanto, oponerlos a los elementos de la cultura que el libro trasmite, en función de vehículo difusor de la armonía o disonancia de dos realidades: la del mundo y la suya. La información y la cultura inconexas, vertidas a grandes torrentes por los aparatos audiovisuales no pueden servir para estructurar la personalidad, en su búsqueda de una explicación aceptable del universo, en la medida en que ésta sea útil para la posición y la actividad del hombre en la vida. Creer que lo visual puede sustituir la inteligencia del libro es dejar de lado toda consideración sobre la parte fundamental de la historia práctica de nuestro tiempo, que en inmensa proporción es producto del libro. Pero entonces, ¿cómo explicarse los problemas actuales que el libro confronta? Porque los tiene, y muy hondos.

\* \* \*

No estamos habituados a pensar en el contraste que existe entre las viejas y mastodónicas maquinarias de impresión y el automatismo, y el "robot". ¿No está por ventura en el fondo de este contraste el encarecimiento y el enrarecimiento del libro? Pensemos por un momento en que el libro, nacido de la invención de la imprenta y del hecho económico de los sobrantes y desechos de la manufactura de telas, continúa hoy fabricándose editorialmente en aparatos de un mundo ya sustituido por otro en cuanto a medios de producción. ¿No estará aquí el "quid" del embrollo, en lugar de andarlo buscando en la tan llevada y traída desaparición de la civilización de los libros? Innumerables métodos de impresión han nacido: "offset", "multilith", "vary-tiper", qué sé yo cuántos más. El "microfilm" comienza a invadir los anaqueles en que se conserva el pensamiento del hombre. Las grabaciones intentan, incluso, entrar en las ediciones de obras. Pero hay todavía otro punto. Con la cibernética se ha conseguido que máquinas computadoras realicen en unos cuantos minutos operaciones y cálculos que cientos de hombres harían en cientos de años. ¿Qué pasaría si en lugar de guarismos, estos prodigiosos reproductores fuesen de constitución alfabética? ¿En cuánto tiempo, en cuántas fracciones de hora, se harían las matrices de un libro, no ya de 300, sino de 1.000 y más páginas? Con lo que ya está a la vista de todos, en el mundo del automatismo, es presumible que no es el libro el llamado a desaparecer, sino los anquilosados medios empleados en su elaboración. Si el libro es caro y de angosto mercado (y por lo mismo de limitada edición) deberá buscarse la causa, en proporción medular, en este retraso o contraste, hoy realmente espectacular. Porque es en la implantación de estos extraordi-



narios factores mecánicos, en los que viene afianzándose una trasmutación histórica de tal entidad que solo es posible hablar del mundo que está generando como del nacimiento de una nueva civilización.

\* \* \*

“¿Y el lector? ¿Dónde deja usted al lector?”, oí decirme interiormente, y ya sabemos quién era. No vive el lector acuciado por los factores de velocidad en el ritmo de la vida moderna? ¿Y no es ello, acaso, el obstáculo que a duras penas le permite alcanzar el goce de las oportunidades fugaces que le deparan los medios audiovisuales de información y cultura? La lectura de una novela está siendo medida, no por el placer que ocasiona, sino por las muy escasas disponibilidades de tiempo. Nadie disfruta hoy de un día o dos para ello, a reloj corrido. Pasaron los tiempos en que el arrebató de la narración nos conducía, anhelantes, hasta el final, de un tirón. Y como esto ya no es posible, el lector de hoy tiene meses por delante, a razón de unas cuantas páginas por día, para seguir entrecortadamente el relato. Tan nimio asunto atenta seriamente contra el consumo de libros”. Pero, le respondí al geniecillo zumbón, ¿se puede creer que sea esta una situación inmodificable? En los días que corren, y harto que corren, resulta imposible afirmar enfáticamente nada —en ningún orden de cosas— ni siquiera pálidamente parecido a un estatismo. Todo se moviliza, todo se transforma con paso más o menos veloz, pero de manera innegable. En el libro “Reportaje al siglo XXI” he leído algo muy substancioso acerca del lector del futuro. Se habla en él sobre los cambios cuantitativos que la ciencia tiene en mira efectuar en el organismo del sér, a fin de perfeccionar, en grado eminente, su percepción interior. Y se hace el siguiente pronóstico, que solo unos pocos años antes hubiera sido tachado de sueño de personas carentes de juicio o sindérisis: llegará un día, no lejano por cierto, en que grande será nuestro asombro al pensar que pudo existir una época en que era indispensable ocupar días enteros en leer una obra o tomar unos apuntes en la Universidad, letra por letra, a la manera patoja. La intensificación casi podríamos decir supersónica del trabajo en la actividad nerviosa del hombre está en la actualidad siendo objeto de la febril preocupación de los hombres de ciencia. No hay razón para dudar de su éxito. Lograda la clave, el lector tendrá la oportunidad necesaria para incrementar, a base del ahorro de tiempo, el desarrollo de su personalidad a través de la asimilación de las grandes obras del genio inexhaustible del hombre, en imponderable medida. Y por lo mismo, escribir tales obras, y publicarlas, cualquiera que sea el método empleado será, real y efectivamente, la culminación de la civilización basada en el libro.

\* \* \*

El libro es la única mercadería que posee facultad de uso permanente y para un ilimitado número de personas. Ello mismo denota que es preciso ir a la conquista del lector, sin esperarse a que llegue. Partiendo del principio de que el libro es parte primordial de la extensión cultural, es necesario imbuir en el país el placer por la actividad coleccionista de libros. El hombre ha sido inveterado recolector de ellos, en todas sus formas. Las



tiras de papiro, las tabletas de cera, constituían bibliotecas. Cada concejo municipal deberá poseer una, hacer lecturas en grupo, concursos, proyecciones en microfilm. Deberá incrementarse la preparación de bibliotecarios, por medio de cursos especiales, incorporación de la materia a la enseñanza especializada, crear institutos de enseñanza bibliotecaria en las universidades, realizar ciclos universitarios de especialización, cursos en el exterior y otras medidas tendientes a resolver este problema, uno de los más sensibles en la vida del libro. Incrementar la producción nacional del libro, con ayudas por medio del estudio de costos, mercados, red de distribución, derechos de autor y planes concretos de medidas para obtener su abaratamiento. Prevenir los factores que encarecen su importación y los de elementos ultramodernos de imprenta. Poner acento especial en cuanto a textos escolares y didácticos en general, contribuyendo a su renovación y puesta al día. Abogar por la introducción del libro en la casa, el hospital, la fábrica, la cárcel, la escuela. En la difusión del libro deberá tenerse en cuenta, en cuanto sea posible, la orientación consistente en el binomio libro-desarrollo económico; libro-región, libro-enseñanza escolar, etc. Será necesario comprobar por todos los medios publicitarios la estrecha relación entre el libro y el desarrollo económico y social, en este período de planeación del progreso y, por lo tanto, del libro y el bienestar humano, del libro y la más adecuada aptitud para la vida, etc. El libro, finalmente, deberá contribuir a que la función del trabajo sea una actividad responsable técnicamente. Esa será una de nuestras metas mejores. De la misma manera que los instrumentos de que el hombre se vale son prolongación de sus miembros, el libro es, por esencia, prolongación del cerebro.

\* \* \*

El geniecillo mordaz, como si ya hubiese sido sometido a la intensificación de la función cerebral que están buscando los sabios, cubrió de un solo golpe de vista todo lo escrito y gritó: "No me convence del todo". "Tampoco a mí", le dije por toda respuesta. Y, con leve aire cartesiano, me acordé de aquel brevísimo signo de la escritura, el más breve de todos, pero el más grande a la vez por el descanso que suele proporcionar a las gentes: el punto final. Y a él recurrí.